

tivas para allanar el camino á la civilización, se limitó el poder de los pequeños caudillos allí residentes y se favoreció en alto grado á los misioneros. Cuando el inolvidable Sir Jorge Grey, á quien tanto debe la etnografía del Sud de África y de la Australia, visitó en 1854, en calidad de gobernador recientemente nombrado, el país cafre, resumió en los siguientes términos el principio fundamental de la política indígena, que las funestas experiencias de medio siglo habían hecho aprender: es preciso ó civilizar á los cafres ó hacerles temporalmente la guerra.

Adoptóse entonces el temperamento civilizador, resultando de ello el pacífico y provechoso desenvolvimiento de aquel pueblo en otro tiempo tan guerrero. En los años 1856 y 1857, una muchacha cafre, inspirada según decía por los espíritus, notificó de parte de éstos la orden de que los cafres arrojaran de su país á los blancos, tarea en la cual se verían apoyados por huestes de espíritus que intervendrían en la lucha si se les hacían nuevos y extraordinarios sacrificios: en primer lugar, habían de ser sacrificados y devorados los mejores bueyes, mandato que, á pesar de oponerse directamente á las costumbres de los cafres, fué por la inmensa mayoría de ellos obedecido. Entonces circularon rumores confusos de luchas inminentes, de días de batallas, en los cuales habían de salir dos soles encarnados, y otros análogos, que excitaron á toda la población. Sandili, Maquoma, Sarili y otros caudillos tomaron parte en el movimiento cuya causa secreta fué la intención, únicamente conocida por los más próximos iniciados, de llevar por medio del hambre la desesperación al ánimo del pueblo y luego azuzarlo contra las fronteras de los blancos. Este plan, sin embargo, fracasó por completo. Los cafres mataron 200,000 bueyes, casi todos los que poseían, y consumieron todas sus provisiones: en vano construyeron inmensos krales para albergar á los rebaños de los blancos, que en número infinito como las estrellas habían de caer en su poder, pues en vez de la prometida edad de oro de libertad y de abundancia, vino un año de espantosa miseria. De 105,000 habitantes que á principios de 1857 contaba Caferria, sólo quedaban á fin de año 38,000. Las defunciones y las deserciones redujeron la tribu de Sandili de 31,000 hombres á 3,700; Maquoma conservó solamente 1,000 individuos y así por el estilo los demás. Cual si los enemigos de los cafres hubiesen deseado, después de la asoladora guerra de 1853, y para acabar de extenuar las fuerzas de éstos, una peste, ésta apareció en aquel año causando horribles estragos. Los más prudentes de entre los kosas reconocieron que las guerras de 1835, 1847 y 1853 no les aniquilaron tanto como este año de calamidades, que fué, hasta cierto punto beneficioso, porque el auxilio eficaz que les prestaron los blancos, extinguió algunos sentimientos de odio y porque hizo necesaria una gran emigración de jóvenes que entraron al servicio de los blancos y que regresaron á su patria libres de algunas antiguas preocupaciones. Sus antiguos y famosos caudillos perecieron en el destierro — como Maquoma que en 1873 murió en Robben-Island — ó llevaron una vida regalada de placeres en sus seguros territorios reservados — como Sandili, cuyo heredero Gongga se hizo cristiano con el nombre de Edmundo Sandili y funcionario colonial — ó se entregaron al bandolerismo como Mhala, hijo menor de Ndlambe. Todos los grandes caudillos y la mayoría de los pequeños están pensionados por el gobierno colonial; el cristianismo progresa aunque lentamente; la antigua ley cafre es gradualmente reemplazada por la de los blancos; é independientemente de las misiones se han fundado muchas escuelas en las cuales hacen sus estudios centenares de jóvenes cafres pensionados por el gobierno. Pero des-

graciadamente ha sido, desde 1865, declarada libre la venta de aguardiente en Caferria, y sus perniciosos efectos destruyen los esfuerzos civilizadores. Quizás los galekas sufrieron más que ninguna otra tribu las consecuencias de la miseria del año 1857, pero su caudillo Sarili, jefe principal de aquel funesto movimiento, continuó ocupando una posición amenazadora, por lo cual hubo de ser arrojado, en 1858, con toda su tribu por las tropas coloniales hacia la costa, en donde aquel reducido pueblo, en otro tiempo poderoso, se ve obligado á ocupar únicamente la parte de su antiguo territorio contigua al mar. A esto vino á agregarse una sangrienta guerra de esta tribu con los tembús, á los cuales se había cedido una parte del territorio galeka, guerra tan funesta para aquéllos que en 1874 solicitaron ser admitidos como súbditos británicos, estando desde entonces sometidos á la alta vigilancia de un funcionario del gobierno. En otros puntos del territorio galeka se establecieron algunos fingús, y era tan grande la despoblación de ese país que todavía hubo que requisar 1,500 arrendatarios para los colonos europeos. Todo esto destruía la fuerza del pueblo kosa haciendo imposible que volviera á ser un gran pueblo. Viéndose acorralado, hubo de seguir el camino de los tembús que se habían convertido en agricultores al estilo de los blancos y que con una política pacífica y europea habían logrado aumentar en número y bienestar, mientras todos los demás cafres degeneraban cada día. Nada decimos aquí respecto de los basutos, porque este pueblo forma parte de los betschuanos.

Aquí es ocasión oportuna para decir algunas palabras acerca de ese pueblo, tan repetidas veces citado, de los fingús. En el año 1820, una parte de una tribu de cafres, en otro tiempo poderosa y conocida con el nombre de amanfingús, es decir emigradores, que vivió en el Tugela, fué empujada hacia el Sud por las expediciones conquistadoras de Tschaka, y sus individuos quedaron esclavos de los kosas. Con ellos había también algunos *fekanis* (véase pag. 197). Unos y otros cuidaban de los ganados y cultivaban los campos de sus señores, para quienes el nombre de fingú no valía más que el de perro. Durante la guerra de 1835, 16,000 de esos hombres abandonaron el país kosa y fueron establecidos por los ingleses al Este del gran río de los Pescadores, en donde, gracias á la paz y á la tranquilidad, hicieron grandes progresos morales. A mediados de 1860 ese territorio que les había sido cedido tenía tal exceso de población que se les dió una porción del país de los galekas que acababa precisamente de despoblarse. En 1875, confábanse en la colonia 73,500 fingús y en esta época fué cuando Theal trazó en su «Historia del Sud de África» el siguiente cuadro de este pueblo, ejemplo del grado de aptitud para civilizarse que se encuentra entre los cafres del Sud: «En 1876, el número de escuelas existentes en aquel territorio ascendía á 46, el de estaciones mercantiles á 45, y el valor del comercio de importación y exportación anual á 150,000 libras esterlinas por lo menos. La inmensa mayoría del pueblo viste muy bien á la europea. Estos colonos explotan el suelo en gran escala, se sirven del arado, y sacan grandes cantidades de cereales para la venta. En sus prados pacen hermosos rebaños cuyas pieles son cambiadas en las tiendas por productos útiles manufacturados. Casi todos poseen un arrogante caballo y muchos tienen buenos carros de transporte con yuntas de bueyes. Una exposición de sus productos agrícolas honraría á cualquier colonia, así por la variedad como por la bondad de los mismos. Han construído caminos y muchos templos y escuelas, á pesar de que no todos son cristianos. Durante los tres últimos años, se han reunido por suscripción voluntaria para la creación de una

escuela industrial, unas 3,000 libras esterlinas. Algunos de sus individuos jóvenes que han hecho su aprendizaje en talleres de la colonia, son ahora industriales, aumentando cada día más su número. Un impuesto de 10 schelings por cada cabaña, que se recauda sin dificultad ninguna, basta para sufragar los gastos de su gobierno cuyo mecanismo es naturalmente sencillo á lo sumo, pero no por esto menos eficaz.» No queremos dejar de consignar una observación de G. Fritsch que llama la atención sobre la extraordinaria semejanza que, aun desde el punto de vista corporal, existe entre estos cafres civilizados y los blancos. En efecto, este viajero creyó ver en la configuración del rostro de los fingús «una fuerte mezcla que los aproximaba al tipo europeo». Diferéncianse especialmente de los cafres de la parte oriental de la colonia y de los de la Caferria Británica por tener la nariz más desarrollada y á menudo perfectamente puntiaguda y una frente ancha: sin embargo, su rostro es, por regla general, muy prognático y su expresión es, por ende, vulgar. Son en su mayor parte altos y esbeltos y su musculatura denota tenacidad y perseverancia. El propio viajero encontró ocasión de observar en unos fingús, que se ganaban buenos jornales trabajando en el puerto de Port-Eli-zabeth, la influencia que en la configuración del cuerpo había ejercido un sistema de vida un tanto civilizado: las pantorrillas y los brazos de la mayor parte de ellos eran hercúleos, el tronco aparecía redondeado, y el cuerpo moderadamente saliente. La inclinación especial de la pelvis que desfigura á la mayoría de las razas negras, se presenta en menores proporciones ó por lo menos más disimulada por las otras diferencias corporales. El elevado jornal que ganan (de 7 á 8 schelines diarios) les permite proporcionarse buenos alimentos.

Al número de las tribus cafres del Sud, en otro tiempo fraccionadas por Tschaka, pertenecen también los pondos quienes, á diferencia de los fingús, han conseguido conservar, á lo menos en parte, sus antiguas residencias. Divididos anteriormente en dos bandos, — uno de los cuales, mandado por el belicoso y cruel caudillo Faka, fué el terror del otro y de los vecinos Pondomisi, con los cuales estaban los pondos en continua guerra — encuéntranse actualmente acorralados en la parte sudeste del país cafre y sometidos á la jurisdicción británica. El número de los pondos no pasa hoy en día, probablemente, de 60,000.

CAPÍTULO X.

LOS BETSCHUANOS (1).

«Los betschuanos son la expresión menos marcada del tipo cafre.»

Residencias de los betschuanos. Emigraciones y fraccionamiento en tribus especiales. — Rasgos exteriores: Estructura del cuerpo. Traje. Adornos. Untura del cuerpo. Armas y utensilios. Tardía introducción del arco. — Vida doméstica: Aptitud artística. Sencillez de los aperos de labranza. Alimentación. Cabañas. Disposición patriarcal de las mismas. Situación y dimensiones de las aldeas betschuanas. Kuruman y Schoschong, las «ciudades betschuanas». — Ganadería y agricultura: La ganadería constituye la principal ocupación de los betschuanos. El buey betschuanos. Uso de la leche. Agricultura. — Familia y Estado: Poligamia. Condición del primogénito. Sentido de la familia. Infancia. Circuncisión. Muerte y enterramiento. Vida jurídica. Instituciones políticas. — Religión: Nociones religiosas. Superstición de los animales. El que hace llover. Hechiceros. — Carácter general de los betschuanos. Historia. — Principales tribus aisladas: Los basutos. Los makololos. Los bamangwatos. Los bakalaharis. Los bahurutses.

Los betschuanos ocupan el centro del África meridional, contenidos al Este por los zulús y al Oeste por los nama-

(1) Dos significaciones se han dado al nombre de betschuanos: según una, deriva de *tshuana*, parecerse, de suerte que vendría á de-

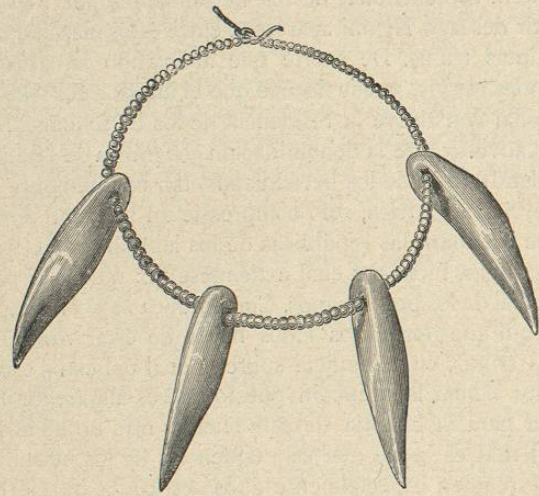
signar á gentes que se parecen; según la otra, significa los de color claro, los blancos. Preferimos esta última porque es más material y por ende más ajustada al espíritu de este pueblo.

quías y los ovahereros: las montañas de Draken constituyen una frontera natural muy marcada, mientras que la estepa de Kalahari forma una especie de territorio neutral, en donde la escoria y los vagabundos de los betschuanos, los gitanos *bakalaharis*, se juntan con los bosquimanos y con los desertores orientales de los namaquías. Como fronteras del Sudeste y del Sudoeste pueden admitirse respectivamente el río Orange en general, en donde encontramos nombres de lugares propios del idioma betschuanos, y la citada estepa: la frontera más interesante y más importante, cual es la del Norte, no puede ser fijada de un modo detallado, como tendremos ocasión de ver en las descripciones parciales. Desde luego podemos afirmar que de todos los grupos de los pueblos cafres, los betschuanos son los que menos se distinguen de los habitantes de los países ecuatoriales; mas para indicar una línea que permita por lo menos formarse una idea, podemos señalar en general el Zambezé como frontera septentrional de los betschuanos, por más que á partir del lago Ngami aparezcan entre éstos mezcladas otras distintas tribus. De suerte que abarcando la situación á grandes rasgos, puede decirse que el interior del África meridional constituye la residencia de los betschuanos: debemos advertir que la denominación geográfica de «Betschuanenland» (país de los betschuanos) tan comunmente usada en el Sud de África, sólo comprende un pequeño territorio entre Kalahari, las repúblicas de los labradores y el país de los griquías, fuera del cual extiéndese aún mucho el país residencia de los betschuanos. Como nunca se acercan al mar, de aquí que por todos lados hayan de estar rodeados de otras tribus, circunstancia sobre la cual debemos especialmente llamar la atención puesto que es altamente importante para la historia de este pueblo; otra no menos trascendental es la de que las residencias de los betschuanos corresponden especialmente á los territorios interiores del Sud de África pobres en aguas, abundantes en estepas y poco favorables á la agricultura, pues desde el momento en que las grandes masas de habitantes no pueden encontrar allí su sustento, falta la condición indispensable para un constante desenvolvimiento de la civilización, cual es una población densa. El número total de betschuanos no pasa de 350,000 y como éstos se distribuyen en un territorio cuya extensión no baja de 5,000 millas cuadradas, de aquí que represente una población sumamente exigua. Y este no sólo es un elemento de debilidad en punto á cultura, sino también una gran desventaja política para las condiciones dentro de las cuales viven los betschuanos, pues muy pocas de sus tribus son por sí solas á propósito para una acción militar fuerte contra vecinos tan poderosos como los cafres del Este, situados en sus fronteras orientales: las demás viven diseminadas y desunidas.

Los betschuanos se dividen en una porción de tribus que pueden englobarse en algunos grupos bastante naturales, ora por su situación geográfica, ora por sus afinidades. Por regla general, se dividen en dos grandes secciones geográficas, á saber: betschuanos del Oeste y del Este, entre los cuales hay también un grupo medio é intermedio cuyas residencias están emplazadas en las dos orillas del Limpopo hasta las fuentes de éste. Las tribus más notables de este grupo, como los basutos, los makololos, los bamangwatos y otros, serán clasificadas, al final de este capítulo, según su situación, historia y relaciones.

En punto al aspecto exterior, el betschuanos constituye la

expresión menos marcada del tipo cafre. El significado del nombre de la tribu, que como hemos indicado más arriba es, según algunos, «gentes que se parecen,» ha sido considerado tanto más exacto, cuanto que los betschuanos en el conjunto de su carácter presentan cierta suavidad, cuando, por el contrario, lo que caracteriza á los zulús es la rudeza. La diferencia principal está en la expresión de la fisonomía, de la cual dice Fritsch. «Las cualidades que distinguen al motschuano son la dulzura, la sumisión y á veces también la molicié y sólo por excepción una gravedad sombría, al paso que la tenacidad, la rudeza y la indocilidad caracterizan la expresión de los xosas ó zulús.» En armonía con esta expresión fisonómica, las formas y la apostura de su cuerpo son menos gruesas y rudas; su estatura es por término medio más baja (de 29 hombres en pleno desarrollo, y algunos de ellos más altos de los que comunmente se ven, la estatura media era 1'29 metros); sus espaldas menos an-



Un collar de los betschuanos, de perlas y dientes pulidos (Museo etnográfico de Berlín)

chas; la prominencia angulosa de las mismas menos marcada; su posición las más de las veces algo encorvada; y su musculatura moderadamente desarrollada. El color de la piel es, por regla general, más oscuro que el de los zulús, siendo entre ellos muy raros los ejemplos de color gris rojizo; pero es innegable que aparece cierta mezcla de rojo en el moreno oscuro que es el color predominante. Es sumamente difícil la clasificación de las fisonomías, pues entre ellas encontramos tipos muy diferentes dentro de la expresión general antes indicada. Como los betschuanos son, según hemos de ir viendo, una de las tribus cafrés más movedizas activa y pasivamente en sus relaciones con los demás pueblos, no ha de extrañar que hagamos notar que, en medio de las fisonomías regulares, aparezca un gran número de tipos los más variados, desde el rostro más grueso y más negro hasta el más refinado abisinio ó nubio, lo cual se nota sobre todo en las cabezas de los niños. El sistema de vida y las vecindades ejercen naturalmente una notable influencia: en el extremo inferior de esta serie de tribus, cuyo extremo superior forman los enérgicos y emprendedores basutos que viven en las montañas, aparecen los bakalaris ó balalas, los débiles, pequeños, sumisos y poco inteligentes parias de los betschuanos.

De lo dicho se desprende en parte que las aptitudes de esta tribu son más escasas que las de los cafrés del Este, cabiendo aplicarse esto primero á la fuerza muscular y luego al carácter. Los betschuanos pueden ser designados como la rama menos guerrera de los pueblos cafrés, por más que algunos caudillos ilustres se hayan distinguido en la guerra

con sus brillantes hazañas. ¡Cuán significativo es el hecho de que, incluidos á la fuerza por los matabeles en sus regimientos, realizaron los hechos militares de que luego se alababan! Su principal fuerza estriba en las relaciones pacíficas que, desde el frecuente contacto con los europeos, favorecieron en alto grado su afición á lo extranjero y su aptitud para copiarlo. Los betschuanos son los que dan mayor número de alumnos á los misioneros, por más que sus actos posteriores no correspondan las más de las veces á las esperanzas que sus estudios hicieron concebir. Trabajan á jornal para los colonos, cosa que casi nunca hacen los zulús y se visten preferentemente con prendas europeas. Su carácter más débil hace que no sean tan crueles como los zulús y que no tengan el sentido jurídico tan desarrollado como éstos; lo cual no obsta para que posean igual grado de astucia y no menos afán por realizar ganancias fáciles y á veces poco nobles. La candidez y la alegría sociable son cualidades raras en ellos.

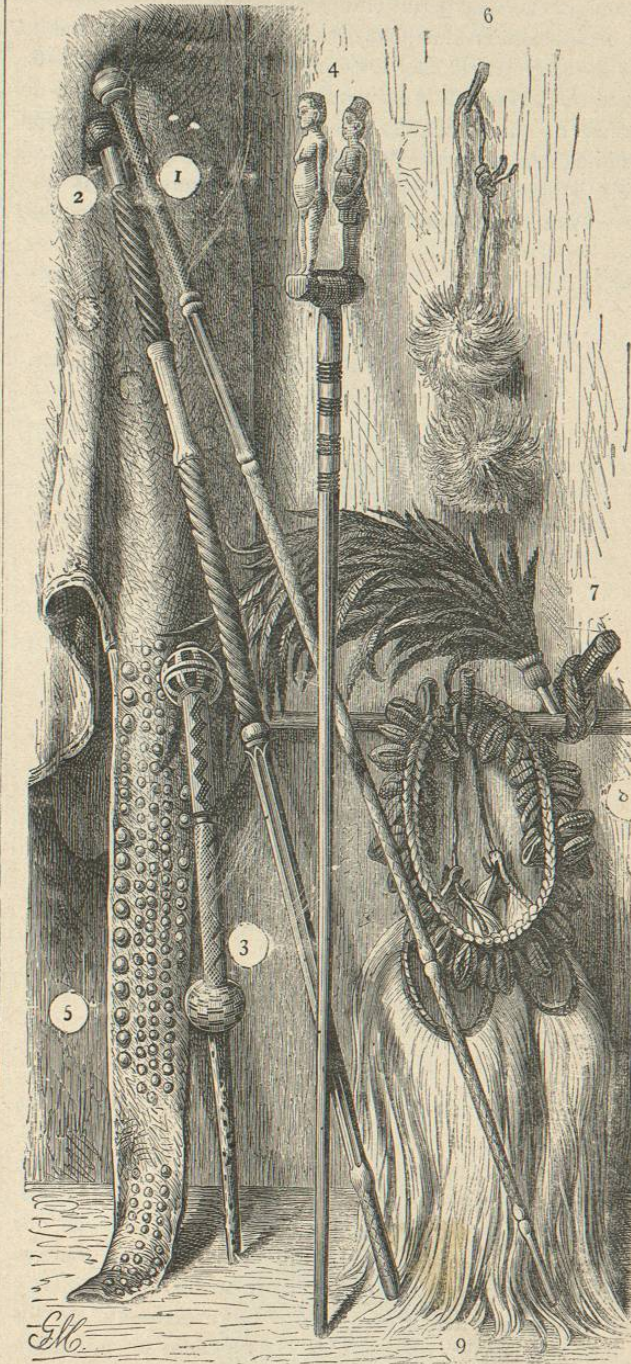
El traje de los betschuanos se diferencia esencialmente en las prendas más necesarias. Por de pronto, entre ellos no se encuentra nunca la repugnante desnudez de los zulús, antes bien son púdicos no sólo delante de los extranjeros, sino también entre ellos mismos, y cubren, en su consecuencia, sus partes genitales con una banda de cuero que, á manera de suspensorios, va sujeta por delante y por detrás á un ancho cinturón y partiendo de éste desciende por entre las piernas. Las mujeres, en vez de este aparato, llevan un delantal delante y detrás y por regla general varios de éstos sobrepuestos, de los cuales los interiores, adornados con franjas, perlas falsas, etc., sólo cubren las partes pudendas, mientras los exteriores llegan hasta la rodilla. Los hombres se creen bastante vestidos con su cinturón púdico y de igual modo las muchachas, hasta cierta edad, no consideran como traje necesario más que el delantal interior. Las demás prendas de vestir sólo sirven para conservar el calor ó como adornos, desprendiéndose de ellas los que las usan, cuando están en las cabañas ó cuando han de sufrir los ardorosos rayos del sol. De nuevo desempeña en este pueblo el principal papel el kaross, siempre confeccionado con pieles, que sabe ablandar artificialmente y colgarse á manera de capa. Los pobres llevan simplemente una piel ordinaria; los ricos usan pieles de chacal, de gerbosio y de gato montés, cuidadosamente cosidas: las mujeres ricas y los caudillos visten respectivamente con pieles de chacal plateado y de leopardo. La piel de buey es el material que para sus kaross emplean los pobres y únicamente los cazadores afortunados visten pieles de niú ó de búfalo, cuya cola les cuelga por detrás como trofeo. En la época en que abundaban más los animales silvestres, es decir cuando Lichtenstein hizo su primera visita á los «beetjuanos,» las capas de piel de antilope eran cosa corriente. El kaross de las mujeres no tiene cuello ó lo tiene muy bajo y está comunmente adornado con anillos de piel (ojos) que á veces encontramos también en el de los hombres. En las capas de las mujeres vense también adornos formados con colas de gato que en forma de manojos llevan no sin elegancia sobre las espaldas.

Como adorno del cuerpo merece mencionarse en primer lugar la untura de brillo metálico, que se prepara mezclando grasa con un polvo brillante como metal (titanato de hierro, mica) y con el cual saben dar un brillo metálico no sólo á sus cabellos sino á todo su cuerpo. Esta untura, no siempre preparada con grasa aromática, se prodiga con grave perjuicio para la limpieza. Cuando Lichtenstein recibió á los primeros embajadores del caudillo betschuano Mulhanvang, parecióle que por el rostro de aquellos hombres, que habían caminado muy de prisa y cuya untura se había

derretido con el calor, corrían gotas de mercurio. A los niños crecidos se les pinta con ocre la cabeza, la cara dorsal de la nariz y el ruedo de los ojos. En este pueblo no encontramos huella alguna del tatuaje; en cambio, abundan los anillos de metal, de marfil, de cuero y de cabello, siendo el número de los mismos proporcionado á la fortuna de cada cual. Cuando Lichtenstein encontró á los primeros betschuanos, llevaban éstos gran número de anillos de marfil, á pesar de que sólo podía usarlos la familia real. Los hombres los llevaban en mayor abundancia, principalmente en el brazo y sobre todo en el antebrazo izquierdo; los caudillos, en ambos brazos. Los anillos de las mujeres acomodadas estaban hechos con alambre fino de cobre arrollado en espirales sobre pelo de jirafa: Lichtenstein vió á una mujer de un caudillo que llevaba en el antebrazo izquierdo 71 anillos de esta clase, que representaban un peso de muchas libras. Los pobres llevaban anillos macizos de cobre y el que no podía proporcionarse ni siquiera uno de éstos los suplía con anillos de cuero que antiguamente eran fabricados con piel de rinoceronte ó de hipopótamo. Las mujeres gustan de llevar alrededor del cuello hilos de perlas de cristal ó de metal, al paso que los hombres suelen llevar colgados de él amuletos y á menudo pequeños instrumentos, entre ellos leznas metidas en vainas artísticamente adornadas y espátulas de hierro para limpiarse la nariz. Más valor que el de simples adornos usuales tienen las antiguas perlas, al parecer infusibles, que los basutos dividen en 17 clases y que en la actualidad no se fabrican sino que, según la leyenda, se sacan de la tierra. Estas perlas se pagan literalmente á peso de oro y por esto sólo las usan los caudillos, para los cuales tienen gran valor como tributo, y para satisfacer las multas que deban pagarse al rey. Las imitaciones de las mismas son en seguida reconocidas. Merenskey se inclina á darles un origen fenicio.

A pesar de no pertenecer por regla general los betschuanos al número de las tribus guerreras famosas, llaman la atención la variedad y bondad de sus armas. Al considerar en algunas tribus esta parte de su equipo, parece á uno que en otro tiempo hubieron de ser más fuertes y más enérgicas, pues sus armas son á menudo, hablando figuradamente, demasiado grandes y pesadas para el estado en que hoy en día se encuentran, siendo realmente para muchas de ellas simples armas de vista. Con razón dice G. Fritsch: «Los betschuanos son más dignos de admiración por lo que se refiere á la fabricación de las armas que por lo que atañe al manejo de las mismas.» Sin embargo, de sus costumbres se desprende, al parecer, poca afición á la industria armera, pues no llevan constantemente las armas en la mano como sus vecinos del Este, pudiendo permanecer algún tiempo en una aldea betschuana sin ver una sola arma. Durante la primera visita que hicieron los europeos á los betschuanos, parece que éstos, llevados por una especie de cortesía, dejaron las armas á un lado, pues Lichtenstein y otros no encontraron, hasta que visitaron las cabañas, la riqueza constituida por docenas de lanzas y de escudos que al parecer es indispensable á todos los betschuanos acomodados. De todas las armas, la principal es la lanza ó el dardo, que raras veces se encuentra en la forma sencilla de las azagayas zulús y sí con más frecuencia en la de fuertes garfios. La hoja de las mismas es, por regla general, más ancha y más plana que entre los zulús y ó bien forma uno ó dos garfios encorvados, ó está unida al mango por medio de una pieza larga y dentada á manera de sierra, ó bien aparece como punto de unión de la hoja y del mango una pieza muy especial compuesta de cuatro filas de dientes encorvados hacia delante y hacia atrás, que

sin aumentar la utilidad de las armas dan á éstas un aspecto terrible. Esta última consideración puede aplicarse á todas esas armas terminadas en anzuelo, tan fuertes en sentir del guerrero, y tan débiles en la práctica. Se nos asegura que los pueblos sud-africanos sienten muy poco miedo á los



Objetos de los cafrés: 1, 2, bastones de caudillo; 3, bastón de danza; 4, bastón fetiche; 5, apéndice del kaross; 6, espantamoscas que se sujeta al cabello; 7, plumero; 8, collar para la danza; 9, adornos para las rodillas (Museo de la casa de Misiones, de Berlín) 1, de su verdadero tamaño.

dardos terminados en anzuelos de los betschuanos: lo cierto es que no infundieron espanto alguno á los opresores de esa tribu, á pesar de las virtudes militares de los betschuanos. Lo propio puede decirse de las hachas de combate que son también armas puramente de vista (véase el grabado de la pág. 206). El pensamiento fundamental que inspira su fabricación es siempre el mismo: en la parte gruesa de una maza ligera que se hincha poco á poco, ó que forma ángulos ó que está rajada, se introduce ó se clava la delgada hoja: ésta